

LA VUELTA A LEVANTE. FERNANDO EL CATÓLICO EN NÁPOLES FRENTE AL TURCO

Gennaro Varriale

Resumen: El artículo analiza el Reino de Nápoles en la época de Fernando el Católico a través de una perspectiva mediterránea, en la cual la acción del rey se ve condicionada por el avance del Imperio Otomano. En la primera parte, la atención se centra en la expansión del Turco tras la conquista de Constantinopla. En cambio, la segunda examina el contexto napolitano, donde la toma de Otranto representa una herida abierta. Finalmente se consideran las innovaciones experimentadas por la actividad de inteligencia durante el periodo del Católico, cuando el Reino de Nápoles se va perfilando como la retaguardia logística del espionaje.

Palabras clave: Fernando el Católico, Mediterráneo, Reino de Nápoles, Imperio Otomano, Espionaje.

Abstract: The article analyses the Kingdom of Naples in the time of Ferdinand the Catholic with a Mediterranean viewpoint, in which the king's action is conditioned by the advance of the Ottoman Empire. In the first part, it focuses on the Ottoman expansion after the conquest of Constantinople. The second examines the Neapolitan context, where the reminiscence of Otranto always reopens old wounds. Finally, it investigates the intelligence's innovations in this period, when the Kingdom of Naples is emerging as the rearguard of espionage.

Key words: Ferdinand the Catholic, Mediterranean Sea, Kingdom of Naples, Ottoman Empire, Espionage.

INTRODUCCIÓN

Overo che gatta ci covi.¹

O sea, hay gato encerrado; con esta expresión, tan popular del refranero español e italiano, Francesco Vettori calificaba la actitud de Fernando el Católico en una carta que, el 9 de abril de 1513, escribía a su amigo Nicolás Maquiavelo, exiliado en San Casciano y comprometido con la primera redacción de *Il Principe*.² A menudo el antiguo secretario de la República

¹ Francesco Vettori a Nicolò Machiavelli, Roma 9 abril 1513. N. Machiavelli, *Lettere a Francesco Vettori e a Francesco Guicciardini (1513-1527)*, G. Inglese (ed.), Milán, Rizzoli, 1989, p. 115.

² F. Gilbert, *Machiavelli and Guicciardini: Politics and History in Sixteenth Century Florence*, Princeton, Princeton University Press, 1973.

ensalzaba las virtudes del aragonés que, en su obra maestra, llegaba a ser un modelo: heredero de un reino pobre y periférico se había convertido en el monarca más poderoso de la Cristiandad.³ Sin embargo, de las consideraciones de Vettori trascendía siempre un cierto grado de desconfianza hacia Fernando. Embajador en la corte del papa León X, el florentino gozaba de una posición estratégica para obtener información, mientras la península italiana parecía a merced de los ejércitos extranjeros; por lo tanto, su misiva se hacía eco de los rumores que circulaban por las calles y plazas de Roma sobre una tregua secreta entre el Rey Católico y el francés Luis XII.⁴

El intercambio de opiniones tan dispares entre dos humanistas, afines por ideas e inquietudes, resulta sintomático de la complejidad que rodea la figura de Fernando el Católico. En efecto, más allá de lealtades políticas e intereses coyunturales, los observadores contemporáneos al rey dieron interpretaciones antitéticas de sus hazañas, que ocurrían en un mundo en transformación, donde él mismo iba a coronarse como el primer monarca con posesiones a escala trasatlántica. En cada posesión, el soberano se presentaba con atributos distintivos, así que, inclusive dentro de sus seguidores, los discursos podrían alcanzar fuertes contradicciones, y aún más en los territorios italianos, donde los círculos renacentistas miraban al Rey Católico bajo una fuerte tensión, marcada por la vergüenza de las continuas derrotas y la posibilidad de una paz duradera.⁵

En el caso napolitano, la imagen de Fernando era todavía más equívoca, tanto que, a día de hoy, los historiadores siguen debatiendo en torno a los conceptos de conquista y agregación, cuando definen la anexión del reino al patrimonio del soberano, obligados a enfrentarse con unas fuentes primarias que se elaboraban en el pleno de una batalla librada por edictos, panfletos y cartas. De hecho, mientras sus partidarios enaltecían al soberano como el descendiente de Alfonso el Magnánimo, que les iba a defender ante una nueva campaña del sultán; en cambio, los detractores le señalaban como un conspirador compulsivo que había traicionado a sus parientes más cercanos: los Trastámara de Nápoles.⁶

No obstante haya sido un reinado de apenas doce años, las decisiones del Católico en Nápoles allanarían, en muchos sentidos, el terreno que iban

³ N. Machiavelli, *Il principe*, L. Firpo (ed.), Turín, Einaudi, 1961.

⁴ Sobre Roma véase los trabajos reunidos por C. J. Hernando Sánchez (ed.), *Roma y España un crisol de la cultura europea en la Edad Moderna*, Madrid, Sociedad Estatal para la Acción Cultural Exterior, 2007.

⁵ D. Paolini, “Los Reyes Católicos e Italia: los humanistas italianos y su relación con España”, en *La literatura en la época de los Reyes Católicos*, N. Salvador Miguel y C. Moya García (eds.), Madrid-Frankfurt am Main, Verbuert, 2008, pp. 189-206.

⁶ B. Figliuolo, “La caduta della dinastia aragonese di Napoli nel 1495”, en *El reino de Nápoles y la monarquía de España. Entre agregación y conquista (1485-1535)*, G. Galasso y C. J. Hernando Sánchez (eds.), Roma, Real Academia de España en Roma, 2004, pp. 149-167.

a recorrer sus herederos; por eso, sorprende la escasez de bibliografía actualizada en comparación a la época de los Habsburgo. En realidad, el análisis de Fernando en el contexto napolitano ha estado siempre condicionado por tres características típicas de la historiografía europea: la visión retrospectiva, el enfoque nacionalista y los marcos cronológicos.⁷

Si bien sea evidente que la distancia temporal ayude al historiador en su labor; por otra parte, la lejanía entre el autor y los protagonistas de su investigación puede inducir a riesgos de interpretación. Efectivamente, hasta hace muy poco, los estudiosos tendían a proyectar sus valores en los acontecimientos del pasado, así que el aporte de la historiografía en el debate cultural se medía sólo en relación al presente, *historia magister vitae*, por tanto un reinado, breve y convulso, como el de Fernando en Nápoles se veía efímero ante el legado del emperador Carlos V o de Felipe II.⁸

En segundo lugar, no se puede olvidar que, desde el siglo XIX, Fernando el Católico se haya convertido en todo un símbolo de las historiografías nacionalistas. Tanto en la España de la Restauración como en la Italia del Resurgimiento, el rey aragonés llegaba a ser el icono de una etapa histórica, en la cual el primer país habría alcanzado su cúspide, mientras el otro habría empezado a vivir una larga decadencia bajo el yugo de los extranjeros. Sin embargo, al cabo de unas décadas, las voces más atentas del Mezzogiorno chirriaron con la versión dominante: gracias a la conquista del Católico, la ciudad de Parténope había podido disfrutar de un periodo, en el cual se había transformado en una referencia absoluta, ya no solo dentro de la península italiana, sino de todo el Mediterráneo. ¡Nunca Nápoles habría sido tan capital como en la época virreinal!⁹

Por último, el reinado napolitano de Fernando es víctima de una paradoja propia de Occidente. Debido al enfoque teleológico, típico de la historiografía europea, la academia del Viejo Continente se ha reiterado en la construcción de modelos, donde el pasado se ha dividido en compartimentos estancos. Así, el gobierno del Rey Católico se encontraría en una posición incómoda a caballo entre los siglos oscuros de la Edad Media y el renacer de la Edad Moderna.¹⁰

⁷ F. Gilbert, *History: Politics or Culture? Reflections on Ranke and Burckhardt*, Princeton, Princeton University Press, 1990.

⁸ G. D'Agostino, *La capitale ambigua. Napoli dal 1458 al 1580*, Nápoles, Società Editrice Napoletana, 1979.

⁹ G. Galasso, *Napoli capitale*, Nápoles, Electa, 1998.

¹⁰ S. Gruzinski, *Pensamiento mestizo. Cultura amerindia y civilización del Renacimiento*, Barcelona, Paidós, 2007, pp. 64-74.

LA APARICIÓN DEL TURCO EN EL HORIZONTE MEDITERRÁNEO

Asaccho tucta la Cita et violare tucte le chiesie
et leuaro le campane, et signanter la ecclesia de sancta Sophia
doue la crudelita sarria impossebelle ascriuerse.¹¹

Así, una obra napolitana escrita durante el reinado de Fernando el Católico, la *Cronica de Notaro Giacomo*, describía la caída de Constantinopla en manos del sultán Mehmet II. El volumen reconstruía la historia de Nápoles desde sus orígenes griegos hasta 1511, aunque el autor se detenía en los acontecimientos más recientes, por los cuales se iba a convertir en una fuente crucial en la época dorada de la tratadística virreinal.¹² De todas formas, con respecto a la conquista del Turco, el texto repetía estereotipos que se habían difundido con rapidez por toda Europa; pero era en la narración de la entrada en Constantinopla, donde el autor subrayaba la actitud de los “nuevos bárbaros”. Según el escritor, los hombres del sultán habían protagonizado tal violencia que era imposible de explicar a los lectores, para quienes la metamorfosis de Santa Sofía en una mezquita debía de ser una pesadilla horrible.¹³

1453 fue el año en que empezó la “obsesión turca” dentro de la península italiana.¹⁴ El desplome definitivo del Imperio Bizantino se interpretó a través de la historia clásica, a la postre fue natural para los humanistas comparar la irrupción de los otomanos con los saqueos de los bárbaros en la Antigua Roma.¹⁵ La conquista de Constantinopla facilitó la difusión de relatos apocalípticos basados en profecías que, siempre, habían estado latentes en la cultura, tanto popular como alta, de la península italiana, cuna del Joaquinismo.¹⁶ Entonces, el sultán se convertía en el azote de Dios que enviaba su castigo contra los griegos cismáticos y los pecadores latinos. Cada vez más, en los sermones de las catedrales y en los simposios de las cortes, Mehmet *Fatih*, el conquistador de la manzana roja, se asemejaba al Anticristo que iba a llevar el mundo al Fin de los Tiempos.¹⁷

¹¹ *Cronica di Napoli di Notaro Giacomo*, P. Garzilli (ed.), Nápoles, Stamperia Reale, 1845, p. 94.

¹² C. De Caprio, *Scrivere la storia a Napoli tra Medioevo e prima Età Moderna*, Roma, Salerno editrice, 2012.

¹³ J. Heers, *Chute et mort de Constantinople, 1204-1453*, París, Perrin, 2007.

¹⁴ G. Ricci, *Ossessione turca. In una retrovia cristiana dell'Europa moderna*, Bolonia, Il Mulino, 2002.

¹⁵ N. Bisaha, *Creating East and West: Renaissance humanists and the Ottoman Turks*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2006.

¹⁶ O. Niccoli, *Profeti e popolo nell'Italia del Rinascimento*, Roma, Laterza, 1987.

¹⁷ E. Schnapp, “Antichrist et Antichrists Turcs au XV^e Siècle”, en *Italien und das Osmanische Reich*, F. Meier (ed.), Herne, Schafer Verlag, 2010, pp. 141-167.

Al contrario de su padre, Mehmet II tuvo la ventaja de ser el único descendiente, así que, a la muerte de Murat, el nuevo sultán pudo coger las riendas del gobierno sin la tensión de las sucesiones, muy recurrente en la historia otomana, por la falta de primogenitura entre los hijos del soberano.¹⁸ Confirmado el acuerdo del padre que preveía un tributo anual de 300 mil ásperos a Bizancio, Mehmet se centró en la reorganización de sus territorios, donde los equilibrios socio-políticos se habían desgastado tras el reinado de Murat II, quien había sido impulsor de una política agresiva, tanto en los Balcanes como en Asia Menor. No fue casualidad que la primera campaña militar de Mehmet fuera contra el emir de Karamania, el principal adversario turco de los Osmanlís, quien veía la posibilidad de sacudir los cimientos del sultanato otomano, ahora en poder de un joven inexperto. En cambio, a la cabeza del ejército, Mehmet obtenía una victoria apabullante que le permitía planear la empresa con la cual iba a pasar a la Historia: la toma de Constantinopla.¹⁹

La ofensiva de Mehmet no era el primer ataque que los otomanos emprendiesen contra la capital bizantina. Los antepasados del sultán habían intentado la conquista en al menos siete ocasiones, aunque los sitiadores se habían retirado ante la imposibilidad de superar o derrumbar las murallas de la ciudad, que se habían convertido en toda una leyenda del arte castrense. La ocupación de Constantinopla refrendó la posición de los Osmanlís dentro del universo turco, dominado por clanes insumisos, a quienes Mehmet demostraba su preeminencia. Por otra parte, la conquista de Constantinopla iba a ser una fuente de legitimación entre los súbditos de las posesiones balcánicas, un tiempo bizantinas, donde los poderes locales eran, cada vez más, dependientes de los latinos. En último lugar, el joven sultán lograba obrar una promesa, que el mismísimo Profeta había hecho a sus fieles: una Bizancio islámica. Así, ante los ojos de todos los musulmanes, un caudillo turco conseguía un reto hasta entonces inalcanzable a cualquiera de los grandes califas que habían protagonizado la extraordinaria expansión del Islam.²⁰

A lo largo de los últimos seis siglos, la caída de Constantinopla se ha convertido en un tema literario que ha sido narrado por centenares de volúmenes, en los cuales se han detallado hasta las anécdotas más grotescas de aquellas siete semanas de asedio.²¹ De todas formas, después de los enfrentamientos sangrientos y del brutal saqueo, la ciudad pareció renacer: el triunfo de Mehmet no certificaba sólo la victoria de los invasores, si no que sacaba a la capital de una sensación de sitio permanente que le había aislado del exterior. La decepción tuvo que ser absoluta, cuando el sultán ingre-

¹⁸ M. Á. Bunes Ibarra, *El Imperio otomano (1451-1807)*, Madrid, Síntesis, 2015.

¹⁹ F. Babinger, *Mehmed the Conqueror and his time*, Princeton, Princeton University Press, 1978, pp. 409-508.

²⁰ T. Krstic, *Contested Conversions to Islam: Narratives of Religious Change in the Early Modern Ottoman Empire*, Stanford (California), Stanford University Press, 2011, pp. 51-164.

²¹ S. Runciman, *La caída de Constantinopla*, Madrid, Espasa-Calpe, 1973.

só con su séquito dentro de Constantinopla, ahora sombra de la urbe que había deslumbrado el mundo de la Antigüedad Tardía. El panorama era desolador; las calles y los edificios estaban en ruinas, la población diezmada, mientras que la economía local dependía de extranjeros como venecianos y genoveses.²²

Apenas la situación de la ciudad volvió a la calma, Mehmet II se presentó como el ideal del príncipe musulmán, quien protegía a los practicantes de los tres monoteísmos que, en sus dominios, se iban a profesar sin represalia. Asimismo, el sultán financió un amplio programa de obras públicas, para devolver Constantinopla a su perdido esplendor: a lo largo de pocos meses, se volvió a levantar la muralla, se mejoraron las instalaciones para el control del Cuerno de Oro y, finalmente, se empezó la edificación de un palacio en el corazón de la ciudad, que se llamaría el ‘viejo’ tras la construcción del Topkapı. Pronto, los altos dignatarios siguieron el ejemplo de Mehmet, así que la capital transformó su faz con la edificación de palacios, madrasas, mezquitas y mercados. Constantinopla, ahora Estambul, volvía a ser la conexión entre Oriente y Occidente.²³

Sin lugar a dudas, la toma de Constantinopla fue uno de aquellos eventos que tuvieron un impacto decisivo, ya en la sociedad contemporánea, donde hubo todo tipo de reacción. Aparte de los relatos con tintes apocalípticos, en Poniente surgieron interpretaciones más indulgentes hacia el conquistador de la segunda Roma; algunos humanistas como Nicolás de Cusa plantearon incluso la posibilidad de lograr una conversión de los otomanos mediante el dialogo.²⁴ Ciertos o infundados hubo muchos rumores en torno a la figura de Mehmet, que favorecieron el acercamiento. A ojos de los escritores italianos, el Turco se parecía a un príncipe renacentista, amante del arte figurativo, que convocaba artesanos y pintores a su corte. Al mismo tiempo, los comentaristas del Viejo Continente especulaban en torno a la influencia de la madre, una esclava de origen cristiana, sobre la personalidad de Mehmet II que se mostraba complaciente hacia el culto de las reliquias y la devoción mariana.²⁵ Todavía en el siglo sucesivo, el mito del sultán cristiano seguía vivo, tanto que un experto del mundo otomano como Paulo Jovio recordaba: “molti estimorono che non credessi piu nella fede di Mahometto”.²⁶

²² S. Karpov, “Venezia e Genova: rivalità e collaborazione a Trebisonda e Tana, secoli XIII-XV”, *Atti della Società Ligure di Storia Patria, nuova serie*, 41/1, 2001, pp. 257-272.

²³ G. Necipoğlu, *Architecture, Ceremonial, and Power: The Topkapı Palace in the Fifteenth and Sixteenth Centuries*, Cambridge – Londres, MIT Press, 1991.

²⁴ V. Sanz Santacruz, “Juan de Segovia y Nicolás de Cusa frente al Islam su comprensión intelectualista de la fe cristiana”, *Anuario de historia de la Iglesia*, 16, 2007, pp. 181-194.

²⁵ J. M. Rogers, “Mehmed the Conqueror: Between East and West”, *Bellini and the East*, A. Chong y C. Campbell (eds.), Londres, National Gallery, 2005, pp. 80-97.

²⁶ P. Giovio, *Comentario de le cose de’ Turchi di Paulo Giovio, vescovo di Nocera, à Carlo Quinto Imperadore augusto*, Venecia, 1530, p. 9.

Sorprendentemente fue el papa Pío II, Eneas Silvio Piccolomini, quien abrió la caja de Pandora. Cuando Mehmet II acababa con los últimos reductos de poder bizantino en Levante, el pontífice escribió la célebre carta, donde intimaba al sultán que abandonase la “superstición islámica”, para que él mismo pudiera nombrarle emperador de los cristianos. Conocida la caída de Constantinopla, el entonces obispo Piccolomini ya había tildado la victoria otomana como el principio de una nueva era, marcada por el “Imperio de los Turcos”. Impresa ocho veces antes de 1482, la epístola tuvo una difusión bastante amplia a lo largo y ancho de Europa, pero nunca se envió a Constantinopla, más bien en 1459 el mismo papa había convocado en Mantua a los príncipes cristianos, para armar una cruzada. Al igual que otras infinitas veces, la dieta escenificó las divisiones entre los europeos. Además, las decisiones del papa inauguraban una fase nueva en que el destino de Nápoles se enlazaría con el del Imperio Otomano. En aquel mismo año, Pío II reconocía a Ferrante I como el rey legítimo ante las aspiraciones francesas, quienes querían recobrar el antiguo territorio de los Anjou, así que el Rey Cristianísimo se mostró poco partidario de la cruzada. Finalmente la empresa naufragó en 1464, cuando el pontífice murió en el puerto de Ancona, donde pretendía embarcarse para guiar personalmente la guerra contra el Turco.²⁷

En realidad, más allá del choque psicológico y de la retórica oficial, la caída de Constantinopla no supuso ningún inconveniente para el entonces rey de Nápoles, Alfonso el Magnánimo, que había favorecido constantemente a los piratas catalanes contra los bizantinos.²⁸ La expansión otomana comenzó a colisionar con los intereses napolitanos, cuando Mehmet II ordenó la campaña naval en el archipiélago helénico, donde sus jenizaros ocuparon varias islas. Los sucesos marítimos de los otomanos preocuparon al Magnánimo que, tras la conquista de Nápoles, quería reavivar las cenizas de la influencia catalana en el Levante.²⁹ A diferencia de los príncipes italianos, Alfonso se había criado en un entorno, donde la presencia de musulmanes era habitual. Por cierto, las victorias de la Reconquista atenuaban el miedo a las huestes del Islam, que a lo largo de la frontera hispana perdían territorios frente al empuje de los reinos cristianos. Posteriormente, Alfonso ya Rey de Aragón había apoyado el comercio con el Emirato de Granada y el Sultanato Mameluco, mientras la dinastía tunecina de los Hasfíes le pagó un tributo de vasallaje durante años.³⁰

²⁷ L. D’Ascia, *Il Corano e la tiara: l’epistola a Maometto II di Enea Silvio Piccolomini (papa Pio II)*, Bologna, Pendragon, 2001.

²⁸ A. Ryder, *El Reino de Nápoles en la época de Alfonso el Magnánimo*, Valencia, Institució Alfons el Magànim, 2008, pp. 359-60.

²⁹ M. Del Treppo, *I mercanti catalani e l’espansione della Corona d’Aragona nel secolo XV*, Nápoles, L’arte tipografica, 1972.

³⁰ F. Cerone, *Alfonso il Magnanimo ed Abu Omar Othman: trattative e negoziati tra il Regno di Sicilia di qua e di là dal Faro ed il Regno di Tunisi (1432-1457)*, Catania, Giannotta, 1913.

Una vez sentado en el trono de Nápoles, Alfonso el Magnánimo respaldó unos cuantos proyectos de cruzada, aunque las arengas nunca se concretaron en una operación a larga escala. Tras el triunfo contra los Anjou, el soberano aragonés podía presumir entre sus títulos del de Jerusalén, además de reivindicar pretensiones sobre diferentes territorios de la franja greco-balcánica. De hecho, el almirante Bernat I de Villamarí tomó la isla de Kastellórizo que quedó bajo control del Magnánimo hasta su muerte; conjuntamente, los aragoneses favorecieron la resistencia de varios déspotas griegos. Pero el principal aliado de Alfonso en Levante fue Jorge Castriota Skanderbeg, el héroe nacional de Albania, quien logró defenderse de los otomanos a lo largo de dos décadas.³¹ Antes bajo el amparo de Venecia, el caudillo albanés pidió auxilio al Magnánimo, de quien se declaró vasallo.³² En 1450, Skanderbeg logró su gran éxito contra el sultán con la estenua defensa de Krujë, donde los albaneses guardaron su posición con los soldados de Nápoles y Sicilia. Durante un tiempo, en la ciudad hubo incluso un virrey aragonés. En Levante la victoria de Skanderbeg resultó decisiva para el Magnánimo que se pudo erigir defensor de los cristianos en oposición a la República de Venecia, interesada sólo en el comercio. Por último, el rey aragonés inauguró una política migratoria en favor de los greco-albaneses que empezaron a trasladarse al Reino de Nápoles, donde vivían bajo la protección de la Corona.³³

Alfonso el Magnánimo falleció en el año 1458, pero su actitud hacia el Levante no desapareció en el Mezzogiorno; no obstante, el reino perdiese recursos tras la separación de la Corona de Aragón. El nuevo rey Ferrante siguió apoyando la rebelión de los albaneses. Debido a la muerte de Skanderbeg, en esa época aumentaron los flujos migratorios hacia el Reino de Nápoles, donde los refugiados, curtidos en la guerra, entraron en el ejército, así comenzaba la larga tradición de los “stradioti napolitanos”.³⁴ Ferrante no dejó cundir el pánico, si bien el sultán estuviese pisándole los talones con los jenizaros acuartelados en Vlorë. En aquel momento, los peligros más inminentes de la dinastía venían del interior por la tensión con los barones filo-angevinos, o por los complots urdidos en las cortes italianas.³⁵

En 1470, la flota otomana conseguía otro éxito con la toma de Negroponte, la antigua isla de Eubea, que representaba un territorio clave de la Serenísima en Levante: los otomanos parecían haber cerrado la brecha con

³¹ Véase los trabajos reunidos por I. Costante Fortino y E. Çali (eds.), *Giorgio Castriota Scanderbeg nella storia e nella letteratura*, Nápoles, D'Auria, 2009.

³² C. Marinescu, *La politique orientale d'Alfonse V d'Aragon, roi de Naples (1416-1458)*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 1994, pp. 153-189.

³³ *Il “Codice Chigi”. Un registro della Cancelleria di Alfonso I d'Aragona re di Napoli per gli anni 1451-1453*, J. Mazzoleni (ed.), Nápoles, L'arte tipografica, 1965.

³⁴ P. Petta, *Stradioti. Soldati albanesi in Italia (sec. XV-XIX)*, Lecce, Argo, 1996.

³⁵ M. A. Visceglia, “Napoli e la politica internazionale del papato tra la congiura dei baroni e il regno di Ferdinando il Cattolico”, en *El Reino de Nápoles y la monarquía de España*, cit., pp. 453-484.

los latinos en las técnicas de la guerra naval. La enésima victoria de Mehmet II causó gran sensación en la península italiana, donde la imprenta empezaba a aparecer de forma difusa, por lo cual la caída de Negroponte se convirtió en un tema que generó una producción literaria, tanto impresa como manuscrita, a la par de los acontecimientos.³⁶ Una vez logrado el control de la isla, el sultán envió un embajador a Nápoles para que informase a Ferrante de la conquista. La visita tuvo carácter oficial con un intercambio de cartas y presentes. Al parecer de Notar Giacomo, el embajador otomano dijo, en nombre de Mehmet II, que “el re [Ferrante] come ad amico se allegrasse insieme con ipso deli pigliata de Euboya”.³⁷

En cambio, diez años más tarde el sultán no se comportó como un amigo. Tras décadas de rumores, en 1480 la flota otomana desembarcó finalmente en el Reino de Nápoles. Sin mucha dificultad, los jenízaros ocuparon la ciudad de Otranto bajo el mando de Gedik Ahmet Bajá, sanjak-bey de Vlorë, quien había conquistado, anteriormente, la colonia genovesa de Caffa en el Mar Negro y las islas de Santa Maura, Zante y Cefalonia en el Jónico. Mientras los otomanos tomaban la plaza pullesa, las cortes de la península italiana quedaron atónitas ante la realización de su peor pesadilla que fue alimentada por las noticias de Otranto, donde se desató la violencia típica de un ejército invasor. Nadie parecía capaz de frenar la marcha de los “infieles” hacia Roma.³⁸

Hasta hace muy poco, la historiografía se ha centrado en dos aspectos, cuando los estudiosos han reconstruido la campaña bélica de Gedik Ahmet Bajá en Apulia. En primer lugar, los historiadores han hecho hincapié en la división entre los estados italianos, que habría facilitado los afanes de Mehmet II sobre la conquista de Roma; en efecto, la mayor parte de las tropas napolitanas estaba entonces en Toscana, donde Alfonso, Duque de Calabria y heredero al trono, atacaba los florentinos. Ya durante la ocupación, pocos cálamos se abstuvieron de criticar la indiferencia general hacia la suerte de los Trastámara. Por último, la violencia de los otomanos y la ejecución de los “800 mártires” se convirtieron pronto en un tópico literario alimentado por una tradición local, impregnada de hagiografía y espíritu de venganza. Al contrario, hoy en día, las preguntas más interesantes parecen otras: ¿Qué pasó realmente dentro de Otranto durante aquellos 15 meses de ocupación? ¿Cómo fue la convivencia entre la población cristiana y los invasores musulmanes? ¿Más allá de la coacción se instauraron relaciones de amistad o de amor?³⁹

³⁶ M. Meserve, “News from Negroponte: Politics, Popular Opinion, and Information Exchange in the First Decade of the Italian Press”, *Renaissance Quarterly*, 59-2, 2006, pp. 440-480.

³⁷ *Cronica di Napoli di Notaro*, cit., p. 121.

³⁸ R. Mondola, “La conquista otomana de Otranto de 1480 en la historiografía italiana y española (siglos XV-XVI-XVII)”, *Studia histórica. Historia moderna*, 36, 2014, pp. 35-58.

³⁹ Véase G. Ricci, “I superstiti di Otranto e l’ombra dell’Islam”, *Franciscan Studies*, 71, 2013, pp. 183-196.

Conocida la noticia del desembarque, el rey Ferrante fue consciente que su ejército no estaba preparado para vencer al enemigo. Así, la corte de Nápoles empezó a negociar una ayuda tanto con los estados italianos como con los parientes hispánicos. Además, Ferrante envió a Niccolò Sadoletto a Vlorë, pero Gedik Ahmet Bajá rechazó cualquier oferta. El almirante reivindicó incluso derechos del sultán sobre el Principado de Taranto, un tiempo merced de los emperadores bizantinos. Si bien fallida, la misión del embajador napolitano mostraba un enfoque inédito ante la expansión del Turco, gracias a la cual la Sublime Puerta tenía la oportunidad de convertirse en un actor de la política italiana.⁴⁰ No fue nada extraño que las protestas de Milán y Florencia subiesen de tono, cuando en las dos ciudades se supo de la tratativa. La renuncia de Ferrante a la conquista de Siena apaciguó el ánimo de los florentinos; mientras que la campaña naval de apoyo a los parientes napolitanos fue la primera ocasión, en la cual la marina aragonesa y castellana hicieron una maniobra conjunta en el Mediterráneo.⁴¹ Antes de que llegase la armada hispana, el 10 de setiembre de 1481, el Duque de Calabria retomó la ciudad que había quedado en ruinas tras meses de sitio. Entretanto desde Constantinopla llegaba una información inesperada: Mehmet el Conquistador había muerto, por lo tanto, el Imperio Otomano se iba a ver envuelto en una guerra intestina entre los dos hijos, Bayecit y Cem.

LA SOMBRA DEL TURCO SOBRE LA PENÍNSULA ITALIANA

Perchè se io fusse a la conditione del Re Alfonso [II de Nápoles]
non solamente chiameria turchi ma anche il Diavolo.⁴²

Fiel a su estilo, Ludovico el Moro confirmaba a los embajadores venecianos, que él no hubiera dudado en negociar con el sultán, e inclusive con el mismísimo diablo, si estuviera en la situación de Alfonso II de Trastámara, nuevo Rey de Nápoles. Por tanto, según el señor de Milán, el retorno de los otomanos se hacía cada vez más probable en la península italiana, donde cualquiera podía solicitar la ayuda del Turco, asustado por la marcha de Carlos VIII. ¿Un ejercicio de pura retórica? O más bien, ¿Una actitud diferente hacia la Sublime Puerta? Las palabras de Ludovico fueron pronunciadas a palacio, el 2 de enero de 1495, cuando las tropas francesas estaban a las puertas de Nápoles tras haber arrasado todo a lo largo de su camino; así que

⁴⁰ S. Panareo, *Trattative coi Turchi durante la guerra d'Otranto: 1480-81*, Bari, SET, 1931.

⁴¹ M. Á. Bunes Ibarra, "Italia en la política otomana entre los dos sitios de Otranto (1480-1538)", en *El Reino de Nápoles y la monarquía de España*, cit., pp. 561-584.

⁴² C. A. Vianello, "Testimonianze venete su Milano e la Lombardia degli anni 1492-1495", *Archivio Storico Lombardo: Giornale della società storica lombarda (nuova serie)*, 4-31, 3-4, 1939, pp. 408-423 (p. 418).

ninguna de las cortes italianas se quedaba tranquila frente a la demostración de poderío militar hecha por Carlos VIII, quien en pocas semanas había hecho saltar por los aires la pentarquía de la península, establecida con el tratado de Lodi en el año 1454.⁴³

La campaña victoriosa de los franceses determinó una inversión de posiciones: el mayor peligro para las “libertades italianas” venía del norte, y ya no de Levante. En Constantinopla el contexto político había cambiado con la muerte de Mehmet II. Efectivamente, Bayecit II mantenía una estrategia diferente hacia Poniente; al parecer de muchos comentaristas, el Turco tenía las manos atadas, porque su hermano, el célebre Cem, se había escapado a Rodas, una vez derrotado en la guerra de sucesión. Más tarde, los Caballeros de San Juan llevaron al príncipe otomano a Roma, donde el hijo de Mehmet quedó prisionero del papa, quien recibía un donativo de Constantinopla para que los cristianos no lo utilizaran en una cruzada.⁴⁴

Otros potentados de la península italiana fueron más allá de Ludovico el Moro. En primer lugar, el más atemorizado de todos, Alfonso II de Nápoles, recibió la visita de tres embajadores otomanos, mientras el ejército francés entraba dentro de Florencia. Acompañados por el noble Camillo Pandone, los emisarios del sultán llevaron una oferta cuantiosa, tanto de hombres como de recursos, para un rey que se había quedado sin aliados. Pero, a cambio de ayuda militar, Bayecit pedía la cesión de unas plazas en Apulia que Alfonso, el libertador de Otranto, no podría aceptar sin convertirse en el caballo de Troya del Turco en Poniente. No obstante, el Reino de Nápoles firmó un tratado con el Imperio Otomano que preveía la libre circulación de mercancías y hombres, algo bastante insólito para la época.⁴⁵

De todas formas, la petición más asombrosa al sultán fue del papa, Alejandro VI Borja, quien envió Giorgio Bucciardo a Constantinopla con cartas para el Turco, en las cuales se pedía auxilio ante la inminente invasión de Carlos VIII. Adversario del pontífice y señor de Senigallia, Giovanni Della Rovere hizo atrapar al enviado de Alejandro VI junto con el representante de Bayecit, mientras los dos viajaban de Ancona a Roma. Tras el arresto, las cortes de la península italiana descubrieron el contenido comprometido de la correspondencia. Traducidas en Florencia por el erudito Juan Lascaris, las epístolas amplificaron el escándalo en torno a un pontífice polémico como el Borja.⁴⁶

⁴³ Y. Labande-Maiffert, *Charles VIII et son milieu (1470-1498): la jeunesse au pouvoir*, París, Klincksieck, 1975.

⁴⁴ N. Vatin, *Sultan Djem. Un prince ottoman dans l'Europe du XVe siècle d'après deux sources contemporaines: Vaki'at Sultan Cem, Œuvres de Guillaume Caoursin*, Ankara, Imprimerie de la Société Turque de Histoire, 1997.

⁴⁵ M. Ferraiolo, *Una cronaca figurata del Quattrocento*, R. Filangieri (ed.), Nápoles, L'arte tipografica, 1956.

⁴⁶ G. Ricci, *Appello al Turco. I confini infranti del Rinascimento*, Roma, Viella, 2011, pp. 49-65.

Cuando Carlos VIII cruzó los Alpes, la reclamación de la herencia angevina no fue la única razón puesta encima de la mesa. El monarca galo justificaba la conquista de Nápoles con la necesidad de una cruzada contra el Imperio Otomano, que él iba a hacer posible gracias al control de los puertos pulleses. Relatos proféticos y visiones apocalípticas no fueron exclusiva del espacio italiano. A la cabeza de su ejército, Carlos lanzaba proclamas sobre la reconquista de Tierra Santa, ahora viable mediante su invencible artillería. Por cierto, los llamamientos del rey preocuparon a Bayecit, quien envió espías a Francia para descubrir los planes del Cristianísimo.⁴⁷ En su texto dedicado a la campaña militar de los franceses, Marín Sanudo explicaba la decisión de Carlos VIII por el clima de exaltación religiosa que se respiraba en el Viejo Continente, aunque el veneciano no olvidaba enlazar la maniobra bélica con la desaparición del emirato granadino, donde los reyes hispánicos habían logrado un reto histórico de la Cristiandad:

Carlo dovesse far quello diceva le prophetie, zoè passar in Italia, et andar por contra Turchi nemici de la Cristianità, [...] havendo lo exempio di quello havea fatto Ferdinando re di Spagna, che il reame di Granata ha acquistado.⁴⁸

Gracias a la victoria en Granada, Fernando había cumplido con una tradición mesiánica de matriz aragonesa, según la cual Su Majestad iba a ser el príncipe que destruiría el Islam, rescataría la Iglesia, liberaría Jerusalén y recuperaría la corona imperial. Y nunca como en este caso: ¡la realidad parecía dar razón a los profetas! También, a nivel internacional la joven monarquía hispana cosechaba éxitos, tanto políticos como simbólicos. La concesión del título de Reyes Católicos se debatió en la corte pontificia, apenas llegaron las primeras noticias sobre el triunfo de Granada, que fue celebrado en toda Europa, aunque el papa lo otorgaría sólo unos años más tarde.⁴⁹

Al igual que Alfonso el Magnánimo, Fernando el Católico se enfrentaba a la Sublime Puerta con un bagaje de experiencias muy distinto respecto a la mayoría de los príncipes europeos: mientras en Levante el avance del Imperio Otomano había sido aterrador; sin embargo, él y su esposa habían acabado con la presencia musulmana en la Península Ibérica. Además, el éxito de Granada no iba a ser la última victoria contra el Islam, si bien los soldados de los Reyes Católicos tardaron hasta 1497 para cruzar el Estrecho de Gibraltar y tomar Melilla. A pesar de la dilación debida a la contra-

⁴⁷ N. Vatin, "Itinéraires d'agents de la Porte en Italie (1483-1495). Réflexions sur l'organisation des missions ottomanes et sur la transcription turque des noms de lieu italiens", *Turcica*, 19, 1987, pp. 29-50.

⁴⁸ M. Sanudo, *La spedizione di Carlo VIII in Italia*, R. Fulin (ed.), Tipografia del commercio, Venecia, 1873-82, p. 30.

⁴⁹ Á. Fernández de Córdova Miralles, "Relaciones políticas-eclesiásticas de Alejandro VI y los Reyes Católicos", *Anuario de historia de la Iglesia*, 14, 2005, pp. 447-453.

posición con Francia, las voces en favor de la empresa surgieron, tanto del entorno regio como de la frontera andaluza, a pocos días del triunfo sobre los Nazaríes.⁵⁰

En la corte el paladín de la lucha al Islam era Francisco Jiménez de Cisneros, Arzobispo de Toledo y confesor de la reina Isabel, así que los partidarios de una expansión hacia el sur contaban con un respaldo influyente. La conclusión de la Reconquista creó un clima favorable a las aspiraciones sobre el Norte de África, donde los ejércitos conquistaron unas plazas, para que se organizase una barrera contra un hipotético regreso de los musulmanes. Por otra parte, en Castilla existía el sueño de recobrar la herencia visigoda, o sea los territorios a ambos lados del Estrecho. Entre la conquista de Granada y la primera década del siglo XVI, el establecimiento de presidios a lo largo de la costa magrebí respondió a una estrategia ofensiva que, pero, se vio afectada por la llegada de los turco-berberiscos a Poniente.⁵¹

En la primavera de 1510, el rey Fernando buscaba un apoyo por parte de Cisneros con las Cortes de Castilla, en vísperas de una nueva campaña contra Francia. Entonces, bajo la referencia constante a la cruzada, el monarca detallaba la reciente toma de Bugía: ulterior paso para fundar un estado colchón en tierra africana. Según Fernando, la primera labor de las tropas habría de ser el control del litoral, de donde se expulsaría a los musulmanes; mientras que los aliados de la dinastía local serían despojados de su título, para que no emergiesen, en un futuro próximo o lejano, peligrosas pretensiones:

Porque el título de Bugía ya puesto por nuestro en las memorias de la Yglesia Romana y arrunado a los otros nuestros títulos Reales no nos parece que el dicho Rey Muley deve tener título de Rey de Bugía.⁵²

La pregunta surgió inevitablemente en los círculos humanistas: ¿Quién podía ser mejor que el Rey Católico para defender Roma y, de paso, liderar la batalla decisiva contra el Imperio Otomano? Fernando supo aprovechar tanto el miedo como la sed de venganza hacia el Turco que recorría la tierra de los Apeninos. Asimismo, el hermano del sultán, Cem, había sido envenenado en el camino a Nápoles, bajo custodia de Carlos VIII. Aunque nunca se supo de donde vino la orden de matar al hermano, ahora Bayecit II tenía las manos libres para emprender una campaña militar contra Poniente; por eso, en el Mezzogiorno parecía necesario organizar una defensa eficaz que, según la

⁵⁰ B. Alonso Acero, *Cisneros y la conquista española del norte de África: cruzada, política y arte de la guerra*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2006.

⁵¹ B. Alonso Acero, *Orán-Mazalquivir, 1589-1639, una sociedad española en la frontera de Berbería*, Madrid, CSIC, 2000.

⁵² Archivo General de Simancas (AGS), *Estado, Costas de África y Levante*, Legajo 461, f. 5. Fernando el Católico al cardenal Cisneros, mayo de 1510.

mayoría de los expertos, necesitaba un líder capacitado y prestigioso, en fin, un príncipe poco semejante a los últimos Trastámara de Nápoles.⁵³

Si la idea de cruzada representó la bandera, con la cual los monarcas europeos irrumpieron en el escenario italiano; por otra parte, Fernando el Católico miraba al Reino de Nápoles a través de una perspectiva que tenía sus raíces en la cultura política de Aragón. En la corte del padre, Juan II, el recuerdo del Magnánimo se mantuvo siempre vivo, así que las conquistas del rey se pensaban como partes integrantes del patrimonio familiar, no obstante en Nápoles se hubiese fundado una dinastía por voluntad del mismo Alfonso. De hecho, el matrimonio de 1476 entre Ferrante I y Juana, hermana del Católico, había vuelto a reanudar los lazos, sin olvidar que la vecina Sicilia había sido la primera posesión de Fernando.⁵⁴

Ayudado por el espíritu de cruzada, el Rey Católico pudo anexionar el Reino de Nápoles que iba a convertirse en un baluarte ante el avance otomano. Además, en comparación a los soberanos galos, Fernando tenía otra ventaja ante la élite napolitana que, por cierto, estaba menguada tras la “Conjura de los Barones” de 1485.⁵⁵ Con Sicilia al lado, los poderes locales conocían el modelo virreinal de los aragoneses, sin embargo se ignoraban las intenciones de los Valois. Aparte del ideal de cruzado tan bien encarnado, los proyectos del Rey Católico se vieron favorecidos por la mentalidad de la época, en la cual existía un profundo misonerismo que condicionaba cualquier cambio en ámbito institucional y jurídico: el peso de la tradición en el Antiguo Régimen.⁵⁶

Aunque la ocupación de Carlos VIII durase apenas cinco meses, la suerte de los Trastámara napolitanos estaba echada. En realidad, el héroe de Otranto, Alfonso II había abdicado en favor del hijo Ferrante II, más conocido como Fernandino, cuando el Rey Cristianísimo marchaba hacia la capital. Evitado el choque frontal con los franceses, el nuevo soberano de Nápoles huyó a Mesina, donde organizó una campaña militar para recuperar el reino, ayudado esta vez por Fernando. En apoyo a los parientes, los Re-

⁵³ J. Dumont, *Lilia florent. L'imaginaire politique et social à la cour de France durant les premières Guerres d'Italie (1494-1525)*, París, Honoré Champion, 2013.

⁵⁴ Á. Fernández de Córdoba Miralles, “El “Rey Católico” de las primeras guerras de Italia. La imagen de Fernando II de Aragón y V de Castilla entre la expectación profética y la tensión internacional (1493-1499)”, *Medievalismo. Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales*, 25, 2015, pp. 197-232.

⁵⁵ E. Scarton, “La congiura dei baroni del 1485-87 e la sorte dei ribelli”, en *Poteri, relazioni, guerra nel regno di Ferrante d'Aragona. Studio sulle corrispondenze diplomatiche*, F. Senatore y F. Storti (eds.), Nápoles, Clío Press, 2011, pp. 213-290.

⁵⁶ M. Rivero Rodríguez, “Miembros añadidos al Estado ya hereditario del príncipe: Maquiavelo, Fernando el Católico y los orígenes del sistema de cortes virreinales en la Monarquía Hispana”, *Síntesis. Social. Revista de Investigaciones Histórico-Sociales*, 6-7, 2015, pp. 267-277.

yes Católicos enviaron a Gonzalo Fernández de Córdoba a la península italiana, donde el andaluz forjó su fama.⁵⁷

Tras la derrota de Carlos VIII en Fornovo, la dinastía partenopea entregó varios puertos de Apulia a Venecia y diversas plazas de Calabria a los Reyes Católicos, oficialmente para defender Nápoles de un ataque otomano. Las cesiones territoriales demostraban la incapacidad de los Trastámara napolitanos de revertir la sensación de inferioridad bélica e incluso diplomática que se advertía después de la expedición francesa. La última y tenue esperanza de la dinastía local se apagó con el fallecimiento, sin descendencia, de Fernandino que murió en las laderas del Vesubio a pocos meses de reconquistar la capital, donde el joven había llegado a ser todo un icono del pueblo llano que le veía como el libertador de ‘los bárbaros ultramontanos’, quienes habían llevado consigo violencia, hambre y enfermedades como la sífilis, desde aquel tiempo tildada por los italianos como el ‘mal francés’. En setiembre de 1496, el trono napolitano pasó a un nuevo rey, el tercero en poco menos de dos años, Federico I, hermano de Alfonso II.⁵⁸

La inestabilidad institucional y el estado de la economía hacían de Federico una presa fácil de las maquinaciones que se urdían en las cortes de media Europa. La calma tensa duró poco más de tres años. Muerto Carlos VIII, su sucesor Luis XII orquestó una nueva acción, si bien el nuevo rey se demostrase más prudente que el anterior. Antes de cualquier maniobra, el francés se aseguró de tener el respaldo de otros actores.⁵⁹ En este sentido el Tratado de Granada, firmado en 1500, representó un punto de inflexión en la política italiana, porque por primera vez dos extranjeros, Fernando el Católico y Luis XII, decidían el futuro de la península sin interpelar a algunos de los potentados locales, tampoco al pontífice. ¡Los soberanos se repartían el Reino de Nápoles a su antojo! En junio de aquel mismo año frente a la corte de Alejandro VI, los embajadores del Rey Católico y del Cristianísimo afirmaban en una audiencia pública, que Federico I estaba negociando con Bayecit II. El cronista mayor del Reino de Aragón, Jerónimo Zurita, recordó las argumentaciones de los diplomáticos, quienes subrayarían cómo la tratativa fuera *vox populi*:

A todos era notorio, que los había inducido, y animado [a los otomanos], para que se moviese guerra a la cristiandad: de donde se habían seguido ya tantos, y tan irreparables males, y daños: y si no se ponía remedio en lo de por venir, el peligro de Italia era muy cierto.⁶⁰

⁵⁷ C. J. Hernando Sánchez, *El reino de Nápoles en el Imperio de Carlos V: la consolidación de la conquista*, Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2001, pp. 35-102.

⁵⁸ B. Croce, “Re Ferrandino”, en *Storie e leggende napoletane*, Bari, Laterza, 1948, pp. 157-179.

⁵⁹ B. Quilliet, *Louis XII, père du peuple*, París, Fayard, 1986.

⁶⁰ J. Zurita, *Anales de la Corona de Aragón*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”, 2003, Libro IV, capítulo XLIII, p. 70.

En aquel momento aliado de los dos soberanos, el papa Alejandro VI no opuso mucha resistencia a la versión de los embajadores, así que Federico se convirtió en una cabeza de turco. En 1501 la maniobra conjunta del ejército francés por el norte y de los tercios por el sur produjo el derrumbe definitivo. Los soldados galos capturaron al rey, quien fue llevado a Tours, donde falleció tres años más tarde; sin embargo, el único hijo varón del monarca, Fernando, acabó prisionero del Gran Capitán tras el sitio de Taranto. El último Duque de Calabria fue desterrado al Reino de Valencia, donde estuvo bajo estrecha vigilancia hasta que llegó al trono Carlos de Habsburgo, quien lo nombró virrey.⁶¹

Las cláusulas poco claras del tratado de Granada auguraban un choque en territorio napolitano. El acuerdo entre el Rey Católico y Luis XII hacía referencia sólo a cuatro provincias que se iban a repartir entre los dos monarcas, pero el Reino de Nápoles estaba compuesto por doce distritos administrativos; por lo tanto, territorios intermedios pertenecientes a Principado Ultra, Capitanata y Basilicata se convirtieron en la manzana de la discordia. En apenas tres años, el Gran Capitán obtuvo la victoria decisiva contra los franceses a orillas del río Garellano. De este modo, el Reino de Nápoles caía en manos de Fernando el Católico, mientras Gonzalo Fernández de Córdoba era nombrado virrey.⁶²

En el año de la firma en Granada, antes de las campañas napolitanas, el Gran Capitán había liderado la primera incursión de los tercios en el área griega. Por petición del Senado veneciano, el Rey Católico aceptó enviar a Fernández de Córdoba, el militar más célebre de la época, a una operación contra los otomanos. El andaluz logró recuperar la isla de Cefalonia para la Serenísima, que le concedió títulos y honores.⁶³ El triunfo del Gran Capitán, próximo Virrey de Nápoles, sobre las tropas del sultán escenificaba el papel tanto bélico como diplomático que, de allí en adelante, el reino iba a tener dentro de la Monarquía Hispánica.⁶⁴

Al cabo de pocos años y muchos rumores, Gonzalo Fernández de Córdoba fue cesado por el Rey Católico, quien residió en Nápoles junto a su nue-

⁶¹ J. F. Pardo Molero, *La defensa del imperio. Carlos V, Valencia y el Mediterráneo*, Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, pp. 204-409.

⁶² C. J. Hernando Sánchez, "El Gran Capitán y la agregación del Reino de Nápoles a la Monarquía de España", en *El Reino de Nápoles y la Monarquía de España, cit.*, pp. 169-211.

⁶³ A. Álvarez-Ossorio Alvaríño, "Razón de linaje y lesa majestad. El Gran Capitán, Venecia y la corte de Fernando el Católico", en *De la unión de las coronas al imperio de Carlos V*, E. Belenguer Cebria (ed.), Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2001, vol. 3, pp. 385-451.

⁶⁴ I. Hassiotis, "Relaciones históricas hispano-griegas desde la caída de Constantinopla hasta la creación del estado neo-helénico", en *Tendiendo puentes en el Mediterráneo. Estudios sobre las relaciones hispano-griegas*, Granada, Centro de Estudios Bizantinos, Neo-griegos y Chipriotas, 2008, pp. 37-72 (pp. 42-44).

va esposa, Germana de Foix, entre noviembre de 1506 y junio de 1507. Entonces, la alta aristocracia del reino y los grupos dirigentes de la capital soñaron con la vuelta de un rey al Mezzogiorno: ¿Quién hubiera podido impedir a Fernando que imitase al Magnánimo, una vez embrujado por la belleza de Parténope? Incrédulos, los napolitanos siguieron las mismas quimeras treinta años más tarde, cuando el emperador Carlos V visitó la ciudad después de la jornada de Túnez.⁶⁵

Aunque, tras la campaña militar contra Venecia, el peligro de un ataque otomano en Poniente se evaporase durante un tiempo, tanto por la ascensión de la dinastía persa en Asia como por el conflicto entre los hijos de Bayecit II; hasta el final de sus días, la política italiana del Rey Católico quedó marcada por la cruzada contra el Turco. Después de un año de la investidura de Selim I en Constantinopla, Fernando escribía a Pedro de Urreas, su embajador en Viena, una carta, en la cual reiteraba su deseo de una ofensiva conjunta contra el Imperio Otomano:

Empleamos en guerra contra infieles que es la cosa que más en este mundo desseo y dezid al emperador mi hermano que yo le ruego afectuosamente que él tenga muy entera y sana confianza de mí y ahunque le digan en contrario todo quanto.⁶⁶

En realidad más que una misiva, el documento se asemejaba a unas instrucciones, que el rey dictaminaba a su diplomático. Una pieza documental extensa, de hasta catorce caras, en las cuales el soberano reflexionaba en torno a los meses sucesivos, antes que la primavera se llevase consigo la guerra, otra vez. Respaldo por el triunfo que el Virrey de Nápoles, Ramón Folc de Cardona, había conseguido en la Motta, Fernando reprochaba la actitud de Maximiliano, quien daba crédito a los rumores, mientras olvidaba los intereses del “común heredero”: el futuro Carlos V. Además, Fernando confirmaba la extensión de su espionaje con tentáculos hasta la Pérfida Albión, donde los confidentes observaban a su animoso yerno: Enrique VIII. Según los últimos informes, cegado por la conquista de Escocia, el joven monarca estaba dispuesto a una negociación con Francia. Para reducir el daño provocado por Enrique, el Rey Católico planeaba una operación diplomática de envergadura que, en su opinión, habría de devolver la paz a Europa. Bajo la falsa amenaza de una invasión conjunta al territorio francés, Luis XII debía aceptar el matrimonio entre su hija y el otro nieto, Fernando, a quien iría en dote el Ducado de Milán.

Las palabras de Fernando el Católico desvelaban tensiones y expectativas en una coyuntura dentro de un conflicto lleno de reveses. En los últi-

⁶⁵ A. Cernigliaro, *Sovranità e feudo nel regno di Napoli, 1505-1557*, Nápoles, Jovene, 1984, vol. I, pp. 32-37.

⁶⁶ AGS, *Estado, Alemania*, Legajo 635, f. 9. Fernando el Católico a Pedro de Urreas, invierno de 1513-1514.

mos doscientos años, las guerras en el espacio italiano se han consolidado como un tema casi intrínseco de la historiografía occidental, si bien los especialistas hayan olvidado a menudo que la bota de Europa pisa y pisaba el centro del Mediterráneo. Sin embargo, ninguno de los protagonistas contemporáneos podía evitar referirse al sultán, incluso en momentos de dificultad para los otomanos, porque la sombra del Turco se proyectaba peligrosamente a lo largo de todo el horizonte.

¿LA INVENCIÓN DEL ESPIONAJE EN LEVANTE?

Turc ha sitiada e combatida la ciutat de Rodes,
e pres en lo rehílame de Nàpols la ciutat d'Otranto,
e tè ocupado aquella ab ànimo (segons se ha diversos avisos)
de voler pasar més avant.⁶⁷

14 de noviembre de 1480, Fernando el Católico advertía en las Cortes de Barcelona sobre la conquista otomana de Otranto; como de costumbre en estas ocasiones, el rey solicitaba el apoyo de los estamentos locales para financiar una campaña militar. A fin de alcanzar su propósito, el monarca aragonés señalaba la necesidad de defender la religión católica de cara a las proclamas de Mehmet sobre Roma. En búsqueda de recursos financieros, Fernando insinuaba frente a los representantes de la ciudad condal, que las operaciones otomanas estaban amenazando, directamente, a los intereses de la Corona de Aragón: las huestes del sultán estaban a las puertas de Sicilia. Para dar más crédito a la petición, el soberano garantizaba a las cortes, que él mismo había recibido varios avisos sobre la voluntad de Mehmet de seguir con la conquista de otros territorios en Poniente.

¿Pero qué significaba aviso? Término complejo y con distintas acepciones, a lo largo del siglo siguiente la palabra aviso tuvo una difusión enorme, por lo tanto se declinó según la coyuntura político-social, el entorno geográfico y, por supuesto, el idioma empleado. Mientras en el espacio transalpino, sobre todo en las ciudades del Norte, el vocablo empezó a indicar un producto de mercado muy codiciado por la élite del Renacimiento, o sea los manuscritos en torno a las “noticias del mundo”; sin embargo en el área hispana, la expresión aviso aludía a un texto, procedente del exterior, que contenía información de interés, pero la característica distintiva del documento era el acceso restringido, confidencial. De este modo, en el discurso ante las Cortes de Barcelona, el uso del término implicaba la revelación de un asunto reservado, así que los oyentes habrían de evaluar las últimas no-

⁶⁷ R. Albert y J. Gassiot (eds.), *Parlaments a les Corts catalanes*, Barcelona, Barcino, 1928, pp. 222.

ticias con más cautela ya que la información estaba refrendada por escritos de la frontera, donde Su Majestad contaba con agentes expertos.⁶⁸

¿Quiénes eran estos sujetos capaces de enviar mensajes de tal calado? El siglo XVI iba a ser una época dorada del espionaje. Actividad antigua como la guerra, la obtención de información confidencial se desligó de las campañas bélicas; en efecto, los servicios de inteligencia se transformaron en un dispositivo permanente que ofrecía datos de difícil alcance, con los cuales las chancillerías renacentistas pudieron elaborar la propia estrategia hacia el exterior. Los espías llegaron a ser una fuente primaria en el Mediterráneo, donde los triunfos del Turco obligaron a la búsqueda incesante de noticias, por tanto los confidentes de la frontera empezaron a gozar de un poder inédito.⁶⁹

A pesar de una idea bastante extendida dentro de la academia, debido a la influencia de la leyenda negra en la cultura anglo-sajona, la Monarquía Hispánica no fue la cueva del arcaísmo. Más bien, el Mediterráneo del siglo XVI representó un verdadero laboratorio de aquellos fenómenos que alcanzaron su auge en las fronteras de los Nuevos Mundos como el comercio de esclavos, la piratería a larga escala o la literatura de tema exótico.⁷⁰ De la misma forma, en el ámbito del espionaje, la cuna de Europa llegó a ser el escenario, donde se implementó todo tipo de innovación. Sin lugar a duda, los principales protagonistas fueron la República de Venecia, el Imperio Otomano y la Monarquía Hispánica.⁷¹

Si bien la actividad cotidiana de los espías estuviera condicionada por circunstancias a menudo inesperadas, cuando los Habsburgo heredaron el trono, la inteligencia hispánica se convirtió en un modelo de organización que se construyó sobre tres pilares básicos: la estructura piramidal del aparato, la repartición geográfica de los objetivos y, por último, la conexión entre redes privadas e institucionales. Así, bajo la dinastía de los Habsburgo, la inteligencia hispano-imperial adquirió un poderío sin precedentes, los espías de Su Majestad llegaban a husmear en todos los rincones del mundo

⁶⁸ En el área italiana M. Infelise, *Prima dei giornali: alle origini della pubblica informazione, secoli XVI e XVII*, Roma, Laterza, 2005; mientras en el ámbito hispano E. Sola Castaño *Los que van y vienen. Información y fronteras en el Mediterráneo clásico del siglo XVI*, Alcalá de Henares, UAH, 2005.

⁶⁹ Sobre el desarrollo del espionaje véase las investigaciones reunidas por E. Sola Castaño y G. Variale (eds.), *Detrás de las apariencias. Información y espionaje (siglos XVI-XVII)*, Alcalá de Henares, UAH, 2015.

⁷⁰ H. Taboada, *La sombra del Islam en la conquista de América*, México DF, UNAM, 2004.

⁷¹ P. Preto, *Servizi segreti di Venezia*, Milán, Il Saggiatore, 1994; E. Safa Gürkan, "The efficacy of Ottoman Counter-Intelligence in the 16th century", *Acta Orientalia Academiae Scientiarum Hungaricae*, 65-1, 2012, pp. 1-38; C. J. Carnicer García y J. Marcos Rivas, *Espías de Felipe II. Los servicios secretos del Imperio español*, Madrid, La Esfera de los libros, 2005.

conocido, desde los campos brumosos de Inglaterra hasta las murallas soleadas de Ormuz.⁷²

No obstante Su Majestad contase con redes secretas que se extendían por los cuatro puntos cardinales, durante el siglo XVI la frontera mediterránea fue el espacio, donde la Corona invirtió el mayor número de recursos para conseguir información. La importancia del Mediterráneo se debió al Turco, quien se pensaba como el único enemigo con una fuerza par, o incluso superior, a los Habsburgo.⁷³ El sultán tenía los medios para acometer contra diversos puntos del horizonte euro-mediterráneo, desde las costas andaluzas hasta las llanuras magiares; por lo tanto, cada posesión de la Monarquía Hispánica participó en tareas de espionaje anti-otomano. De todos modos, los servicios de inteligencia en el Mediterráneo se vertebraron alrededor de una estructura triangular con vértices en la embajada de Venecia, la isla de Sicilia y, sobre todo, el Reino de Nápoles.⁷⁴

La preminencia napolitana en el espionaje mediterráneo dependió de varias razones. En primer lugar, el Reino de Nápoles tenía una ubicación geográfica inmejorable, sus costas se hallaban a pocas leguas de los puertos otomanos. Tanto la región greco-balcánica como el litoral norteafricano eran lugares con los cuales existían antiguos lazos comerciales e incluso afectivos como en el caso de los refugiados levantinos. De hecho, en el espionaje entraron centenares de greco-albaneses que conocían territorio, lenguas y costumbres de un espacio problemático para la mayoría de los europeos. Aparte de los greco-albaneses, Nápoles acogió una numerosa comunidad de musulmanes a lo largo del siglo XVI. Mientras, los judíos residieron en el reino, bajo protección de la Corona, hasta la definitiva expulsión de 1541, una fecha bastante tardía en comparación a los territorios hispanos. A la sazón, las callejuelas de Nápoles parecieron el lugar ideal para articular el centro logístico de la inteligencia anti-otomana.⁷⁵

A partir de los años '30, el espionaje napolitano se perfeccionó bajo la lugartenencia del Cardenal Colonna, cuando Su Majestad recuperó las plazas de Apulia aún en posesión de la Serenísima. Pero fue en 1532 con la llegada de un nuevo virrey, Pedro de Toledo, cuando la inteligencia napolitano-

⁷² G. Parker, *Imprudent King: A New Life of Philip II*, New Haven, Yale University Press, 2014; L. Gil Fernández, "Ormuz pendant l'union dynastique du Portugal et de l'Espagne (1582-1622)", en *Revisiting Hormuz Portuguese Interactions in the Persian Gulf Region in the Early Modern Period*, D. Couto y R. M. Loureiro (eds.), Wiesbaden, Harrassowitz Verlag, 2008, pp. 177-190.

⁷³ J. D. Tracy, *Emperor Charles V, Impresario of War: campaign strategy, international finance and domestic politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.

⁷⁴ G. Varriale, *Arrivano li Turchi. Guerra navale e spionaggio nel Mediterraneo (1532-1582)*, Novi Ligure, Città del Silenzio, 2014.

⁷⁵ G. Varriale, "La capital de la frontera mediterránea. Exiliados, espías y convertidos en la Nápoles de los virreyes", *Estudis. Revista de historia moderna*, 38, 2012, pp. 303-321.

tana se convirtió en la clave del engranaje. Asimismo, en aquella década hubo cambios transcendentales a nivel internacional. Los franceses habían invertido sus prioridades en la península italiana, donde el objetivo del nuevo rey, Francisco I, era la conquista del Ducado de Milán.⁷⁶ Mientras, Solimán el Magnífico convocaba en Constantinopla a Khayr al-Din Barbarroja, el pirata musulmán más temido de la Cristiandad, para nombrarle Kapudan Bajá, o sea almirante general de la flota otomana. Entonces, el sultán pudo contar con el apoyo de los berberiscos, quienes tenían el *know-how* ideal para transformar el Imperio Otomano en una potencia capaz de meter en jaque a las costas de Poniente.⁷⁷

Aunque ningún territorio fuese exento, la provincia más importante de Nápoles en labores de inteligencia fue la Tierra de Bari y Otranto. Desde Barleta hasta Taranto, toda la costa se había de transformar en la salida natural para los agentes enviados a Levante. Al mismo tiempo, los secretarios de las dársenas pullesas iban a ser los destinatarios de los avisos que, una vez resumidos, despachaban para el gobernador o la corte de Nápoles. Instalados en puestos estratégicos como aduanas y puertos, esos oficiales recogían cualquier información de interés, bajo la supervisión del gobernador provincial, además de desempeñar otros cometidos como el cobro de gabelas o el control de cargamentos.

De hecho, el espionaje hispano-imperial contra el sultán fue reorganizado por el marqués de Atripalda, Alfonso Granai Castriota, que estuvo al frente de Tierra de Bari y Otranto entre 1519 y 1528. Hasta su muerte, el noble continuó al mando de la inteligencia, si bien no ostentase ningún cargo oficial. Alfonso Granai Castriota se convirtió en uno de los consejeros más próximos a Pedro de Toledo, quien le profesaba un gran aprecio: “es el más honrado caballero que vi en toda mi vida”.⁷⁸ De origen albanés y supuestamente descendiente de los Skanderbeg, el marqués conocía los dominios greco-balcánicos, donde mantenía contactos con parientes y criados que entraron en la red secreta.⁷⁹

En la base de la pirámide estaban los espías, un término ya de por sí problemático para referirse a sujetos que operaron en el Antiguo Régimen.

⁷⁶ R. J. Knecht, *Renaissance warrior and patron: the reign of Francis I*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

⁷⁷ M. Á. Bunes Ibarra, *Los Barbarroja*, Madrid, Alderaban, 2004.

⁷⁸ AGS, *Estado, Nápoles*, Legajo 1015, f. 16. Pedro de Toledo a Francisco de los Cobos, Nápoles 9 marzo 1533.

⁷⁹ D. Couto, “Spying in the Ottoman Empire: sixteenth century encrypted correspondence”, en *Correspondence and Cultural Exchange in Europe 1400-1700*, F. Bethencourt y F. Egmod (eds.), Cambridge, Cambridge University Press, 2007, pp. 274-312 (pp. 309-11); P. Petta, *Despoti d’Epiro e principi di Macedonia. Esuli albanesi nell’Italia del Rinascimento*, Lecce, Argo, 2000, pp. 61-86; J. Aubin, “Une frontière face au péril ottoman: la Terre d’Otrante (1529-1532)”, en *Soliman le Magnifique, et son temps*, G. Veinstein (ed.), París, La Documentation Française, 1992, pp. 465-484.

Para aclarar su actividad, en los últimos años los historiadores han distinguido los confidentes de la Monarquía Hispánica en dos conjuntos: el corresponsal y el agente. El primero era un espía que vivía en el exterior, donde almacenaba información despachada, luego, al Reino de Nápoles. Sus lugares de residencia más habituales eran las islas jónicas y adriáticas de Venecia, la ciudad de Ragusa y los puertos greco-albaneses, además de Constantinopla. Durante la primera mitad del siglo, el espionaje tuvo mayor dificultad para establecer una red sólida en Levante debido a los ingentes gastos y riesgos que suponía mantener un espía en el exterior. De todas formas, los corresponsales iban a convertirse en la fuente más apreciada, porque estaban capacitados para evaluar la autenticidad de una noticia: “por vía de Albania tengo por nueva cierta”.⁸⁰

El segundo grupo de espías estaba formado por los agentes, o sea personas en principio de confianza, a quienes el virrey o el gobernador encargaba una misión más allá de las líneas enemigas.⁸¹ El principal propósito del viaje era la obtención de información que tuviese interés militar. Tampoco los espías se olvidaban de informar en torno a los equilibrios políticos de la Sublime Puerta, así que en ocasiones daban descripciones de la cúpula otomana e incluso del sultán, como en el verano de 1531, cuando el agente Dopuo Apolonio describía a Solimán el Magnífico: “de etate da circa anni trenta cinque, sua effige colérica magra”.⁸² Apenas la dinastía Safaví se demostró el principal enemigo del Turco en Asia, las relaciones secretas se llenaron de referencias a los persas, cuya presión en Oriente parecía el único obstáculo a la expansión otomana hacia Poniente.⁸³ Finalmente, las órdenes a los agentes podían prever el asesinato de un dignitario, una acción de sabotaje o la organización de algún complot, “el dicho Bayvoda lo llamó a su casa, y encerrados en una cámara, se descubrieron el uno al otro”.⁸⁴

Hasta la creación de una red estable en Constantinopla, los gobernadores de Tierra de Bari y Otranto obtuvieron información de agentes que desembarcaban en el Bósforo tras haber recorrido “la ruta de las islas”. Bajo una falsa identidad relacionada habitualmente con la redención de cautivos, el espía navegaba con un barco que zarpaba con destino a la capital otomana, aunque el derrotero preveía escalas intermedias como Zante, Cefalonia

⁸⁰ AGS, *Estado, Nápoles*, Legajo 1010, f. 38. Marqués de Atripalda a Carlos V, Copertino 3 agosto 1531.

⁸¹ AGS, *Estado, Nápoles*, Legajo 1006, f. 128. Marqués de Atripalda a Cardenal Colonna, Otranto 13 junio 1530.

⁸² AGS, *Estado, Nápoles*, Legajo 1010, f. 39. Relación de Dopuo Apolonio, 2 agosto 1531.

⁸³ AGS, *Estado, Costas de África y Levante*, Legajo 461, f. 136. Capitán Aponte a Carlos V, Corón 10 abril 1533.

⁸⁴ AGS, *Estado, Venecia*, Legajo 1312, f. 161. *Nuevas de Constantinopla*, 8 setiembre 1536.

o Quíos, donde ya se empezaban a almacenar las primeras informaciones. Una vez acabada la misión, el agente volvía a Apulia, donde dejaba constancia de su viaje a un secretario o auditor.⁸⁵ Debido a la prohibición de comercio con el Imperio Otomano, el espionaje napolitano prefería emplear agentes con origen levantino o italiano, porque ante las autoridades turco-berberiscas eran menos sospechosos que cualquier súbdito de la península ibérica. En el siglo XVI la presencia de mercaderes transalpinos era habitual en los emporios de Oriente, donde Venecia y, en menor medida, Génova conservaban posesiones territoriales e intereses comerciales.⁸⁶

Así, el Reino de Nápoles se convirtió en la ventana sobre la cual se asomaba la mayor potencia de la Europa contemporánea, la Monarquía Hispánica, para vigilar al Gran Turco. Pero, ¿cómo se pudo organizar un dispositivo tan amplio en apenas dos veranos? Al contrario de sus adversarios europeos, la Monarquía Hispánica poseía una experiencia extraordinaria, que había sido la frontera ibérica, en la cual a lo largo de siglos había habido contactos, alianzas e intercambios con musulmanes. Al fin y al cabo, la conclusión de la Reconquista había transformado el papel de los soberanos hispanos en el tablero de la política internacional. Así, en las primeras décadas del siglo XVI, los hombres del Rey Católico exportaron un bagaje de conocimiento en el Levante gracias al control del espacio italiano, donde los procedimientos del espionaje se implementaron contra el Imperio Otomano. De hecho, tanto los mandos intermedios como los espías de la Nápoles virreinal tienen precedentes con figuras relacionadas a la primera expansión de los Reyes Católicos hacia el sur.⁸⁷

El apoyo del emperador a la organización secreta de Atripalda seguía el ejemplo de sus abuelos que habían amparado la actividad de Hernando de Zafra, personaje clave en los primeros años del Reino de Granada. Tras destacar en la negociación de la rendición nazarí, desde la capital apenas conquistada, el secretario de los Reyes Católicos montó una red de espías que observaba las ciudades de un Magreb en ebullición: “serán vuestras Altezas largamente informados del maestre Ramiro, que va allá y las vió”.⁸⁸ No obstante la mayor parte de la información confidencial fuese relaciona-

⁸⁵ AGS, *Estado, Costas de África y Levante*, Legajo 461, f. 137. Relación de Maestro Toderino, Otranto 28 marzo 1533.

⁸⁶ K. Fleet, “Turks, Italians and Intelligence in the fourteenth and fifteenth centuries”, en *Balance of the Truth. Essays in Honour of Professor Geoffrey Lewis*, C. Balim-Harding y C. Imber (eds.), Istanbul, ISIS Press, 2000, pp. 99-112.

⁸⁷ J. M. Escribano Páez, “Negotiating with the “Infidel”: Imperial Expansion and Cross-Confessional Diplomacy in the Early Modern Maghreb (1492-1516)”, *Itinerario*, 40, 2016, pp. 189-214.

⁸⁸ *Colección de documentos inéditos para la historia de España* (CODOIN), Madrid, Imprenta Calero, 1842-49, vol. 51, p. 97. Hernando de Zafra a los Reyes Católicos, sin fecha (posiblemente setiembre 1494).

da a temas bélicos, los avisos de la red granadina proporcionaban a la corte datos de todo tipo: “los moros dicen que Guinea no es isla”.⁸⁹

Posiblemente hijo de cristianos nuevos, Zafra conocía las tierras a ambos lados del Estrecho. En realidad fue gracias a los informes de sus agentes que las tropas pudieron tomar Melilla sin muchos problemas. De la misma manera que en la red de Atripalda, entre los espías de Zafra sobresalían varios familiares como Lorenzo, quien viajó muchas veces al Magreb de incógnito. Encargado de vigilar el pasaje de los vencidos a África, el secretario tuvo a su disposición algunos barcos que patrullaban la costa.⁹⁰ Además, las tripulaciones protagonizaban razias en tierra enemiga, al igual que hizo décadas más tarde la flotilla en Tierra de Bari y Otranto:

Un mi sobrino, hermano de Lorenzo de Zafra, que era contador de la capitanía de Diego López, entró esta semana pasada desde Gibraltar con tres fustas y dos tafures y sacó del campo de Taraga treinta é tres moros y doscientas vacas.⁹¹

Como los refugiados levantinos, don Hernando y su entorno patrocinaron una política expansiva, aunque su desarrollo iba más allá del choque; más bien, los agentes de Zafra urdían complots con facciones locales que pudiesen favorecer los planes de conquista: “todos [los moros] están para rendirse; y que afirman todos”.⁹² Ya en verano de 1493, el secretario escribía a los Reyes Católicos sobre una misión que había llevado a cabo Lorenzo con el capitán Lezcano:

Estos trujieron aquí un xeque, y otros dos moros de Tabaharique, que un villeta y fuerza del reino de Tremecen junto con lamar, y viénense á dár á vuestras Alteza llanamente á consentimiento y voluntad de todo el pueblo, y en esto no hay ninguna duda.⁹³

Por otro lado, en la *Crónica de Felipe I*, Lorenzo de Padilla recordaba una misión secreta que había protagonizado un pariente suyo, homónimo, por orden de Alonso de Aguilar, cuando los Reyes Católicos estaban aún en la ciudad de Granada. A lo largo de un año, el agente viajó por la región de Tlemecén, donde se presentaba como un redentor de esclavos cristianos, la identidad falsa más típica de un confidente; pero los moros descubrieron al espía que fue “avisado de ciertos ginoveses, y pasóse á Oran á donde lo qui-

⁸⁹ CODOIN, vol. 11, p. 482. Hernando de Zafra, sin fecha (posiblemente 1492).

⁹⁰ CODOIN, vol. 51, p. 47. Hernando de Zafra a los Reyes Católicos, Málaga 20 junio (sin año).

⁹¹ CODOIN, vol. 51, p. 92. Hernando de Zafra a los Reyes Católicos, Granada 25 abril 1494.

⁹² CODOIN, vol. 51, p. 80. Hernando de Zafra a los Reyes Católicos, Granada 12 febrero 1494.

⁹³ CODOIN, vol. 51, p. 68. Hernando de Zafra a los Reyes Católicos, Granada 28 julio 1493.

sieron prender, y él se escondió en una carraca ginovesa y se vino á España”.⁹⁴

No obstante el espionaje hispano-imperial contra la Sublime Puerta llegase a tener una organización capilar desde la década de los '30, el Rey Católico apoyó muy pronto las acciones que surgían en la frontera napolitana, así como había hecho en el Reino de Granada, aunque se tratase de operaciones esporádicas. En efecto, ya durante el reinado de Fernando, la Tierra de Bari y Otranto empezó a sobresalir en la actividad de inteligencia. Pero las misiones de espionaje eran, más bien, el resultado de iniciativas privadas que promovían personajes con intereses en la región; sin olvidar que algunas plazas de Apulia seguían bajo control francés y veneciano, por tanto la corte virreinal de Nápoles tenía, entonces, otras prioridades.⁹⁵

En los primeros pasos del espionaje en Levante, una figura clave tuvo que ser Giacomo Alfonso Ferrillo, Conde de Muro. Hijo de Giacomo Andrea, célebre por su intervención en Otranto, de joven el noble participó en las campañas militares de la zona greco-albanesa. En realidad fue Giacomo Alfonso Ferrillo, quien escoltó a la esposa de Skanderbeg a Nápoles. Sucesivamente, el Conde de Muro desposó a María Balsha, hija del déspota de Serbia, de allí una leyenda que lo vincularía al famoso Conde Drácula. Asimismo, la familia pertenecía a la Orden del Dragón, una hermandad militar fundada por los Trastámara napolitanos, en la cual estuvieron también los Castriota.⁹⁶ La falta de un heredero varón hizo desaparecer este apellido tan destacado de la documentación que, en la generación siguiente, iba a atestiguar la época dorada del espionaje hispano-imperial en Levante.

De todos modos, en el año 1514 con Selim I envuelto en su mayor campaña contra los persas y Fernando el Católico en conflicto con Francia y Venecia, el Conde de Muro recibía una carta del Sanjak de Vlorë, en la cual el dignitario se dirigía al napolitano con el título de Virrey de Tierra de Bari y Otranto. Tras haber recibido a dos embajadores de Ferrillo, el gobernador otomano se alegraba del clima entre los dos territorios colindantes. Entonces, el Sanjak hacía suya la propuesta del conde, quien planificaba convertirse en la cabeza de puente de una negociación que iba a permitir la libre circulación de personas y mercancías entre la Monarquía Hispánica y el Imperio Otomano. ¿Una maquinación secreta entre dos militares con afanes de gloria o una negociación bendecida por los dos soberanos? Y en la

⁹⁴ CODOIN, vol. 8, p. 16. L. Padilla, *Crónica de Felipe I llamado el Hermoso, dirigida al emperador Carlos V*.

⁹⁵ Sobre la intervención de privados en el espionaje moderno: G. Varriale, “Lo spionaggio sulla frontiera mediterranea nel XVI secolo: la Sicilia contro il sultano”, *Mediterranea. Ricerche storiche*, 38, 2016, pp. 477-516 (485-487).

⁹⁶ Sobre la movilidad geográfica y presencia de grupos exógenos en el Reino de Nápoles de la Edad Media véase G. Vitale, *Percorsi urbani nel Mezzogiorno medievale*, Salerno, La veglia, 2016, pp. 55-112.

Península Ibérica, ¿Qué hubiera dicho el Cardenal Cisneros de tanto atrevimiento? Sin embargo, en la frontera lo más conveniente para todos parecía que “subditi del Gran Signore Turchi, Cristianj, et ancora Judei, chi mercante velmente tanto possano praticare per tucto il Regno: rendendovi molte grazie et merce”.⁹⁷

En Tierra de Otranto como en el Reino de Granada, el gobierno de un territorio fronterizo obligaba al pragmatismo y a la experimentación ante las dificultades diarias. De hecho, a la par de los contactos con el Sanjak de Vlorë, el Conde de Muro habría de inaugurar el modelo de misión que centenares de agentes emprendieron en Levante durante el siglo XVI. En el mismo año 1514, Manyolo Londani desembarcaba en el puerto de Otranto, donde volvía de Constantinopla tras un viaje, con el cual había recorrido aquella ruta de las islas que se iba a convertir en el camino habitual de los espías. Por orden de Ferrillo, Londani, posiblemente un mercader italiano, recogió información muy interesante, tanto en Corfú como en Constantinopla, que sintetizó un secretario, quien definía al agente como “explorador”, un paralelo interesante e inesperado con los contemporáneos de las tierras americanas.⁹⁸

Al igual que las generaciones sucesivas de espías, el objetivo básico de Manyolo Londani era el descubrimiento de las condiciones en que estaba la armada naval del sultán, el gran temor de Poniente, por lo tanto, su declaración analizaba la situación del arsenal, las fuerzas corsarias y los recursos de la flota. En segundo lugar, la atención del confidente se centraba en otros actores como Venecia y los Safavíes cuyos movimientos podían acelerar o evitar una campaña otomana contra Nápoles o Sicilia. El relato del agente tampoco omitía presentar los equilibrios en la Sublime Puerta, además de subrayar el despotismo de Selim I gracias a un episodio impactante: el ahorcamiento de un dignitario en una plaza de Constantinopla. El informe del secretario atestiguaba la buena relación entre el Conde de Muro y el Sanjak de Vlorë, con quien Londani no se había entrevistado por falta de tiempo. En otro lugar, el agente dejaba una descripción de Selim I, cuando explicaba su visita a la capital:

Ando in Costantinopoli dove stecte quatro di: dove vidde la persona del gran Turcho: Il quale dite che sia che de Circa 90 annj: non molto carnuto, de color bruno: molto agile: et destro de la persona sua: In aspecto scuto et Infacti assai Crudele et con molta Industria.⁹⁹

⁹⁷ AGS, *Estado, Alemania*, Legajo 635, f. 5. Sanjak de Vlorë a Conde de Muro, Belgrado 22 marzo 1514.

⁹⁸ G. Varriale, “Líricas secretas: los espías y el Gran Turco (siglo XVI)”, *Hispania. Revista Española de Historia*, 76-252, 2016, pp. 37-66 (pp. 61-64).

⁹⁹ AGS, *Estado, Nápoles*, Legajo 1004, f. 47. *Copias de las nuevas del turco de Constantinopoli*, Otranto 1514.

Así, la misión de Londani daba inicio a una fórmula para obtener información confidencial en Levante, que se convirtió en el sistema más característico del espionaje hispano-imperial. Si bien la estructura de la inteligencia en Apulia parecía aún en construcción, el entorno del Conde de Muro tenía la capacidad de contactar con el Sanjak de Vlorë e intercambiar datos con el Arzobispo de Ragusa, de allí a poco una escala clave en los flujos de la información secreta.¹⁰⁰ Toda la actividad de la red, liderada por el Conde de Muro, estaba bajo control del Almirante de Nápoles, quien por su parte avisaba a la corte.¹⁰¹

El mercader Manyolo Londani llegaba a ser un prototipo del agente hispano-imperial, pero los antecedentes iban más allá de los objetivos, la ruta o la cadena de mando. En efecto, el secretario de Otranto organizaba los datos confidenciales en un esquema con el cual la élite hispano-italiana habría de recibir noticias sobre los turco-berberiscos a lo largo de todo el siglo. El choque entre la Monarquía Hispánica y el Imperio Otomano transformó tanto Levante como Magreb en territorios prohibidos a los súbditos de los Habsburgo, quienes podían alcanzarlos sólo por razones concretas como la redención de cautivos. De esta forma, la misma dinastía complicaba y obstaculizaba, paradójicamente, una actividad que se pensaba como ineludible en el Mediterráneo. Por lo tanto, a diferencia de otros espacios donde había incluso embajadores, el almacenamiento de información sobre la Sublime Puerta se quedó siempre en manos de sujetos poco semejantes al ideal de vasallo, porque eran capaces de moverse con soltura a ambos lados de la frontera.¹⁰²

A pesar de las restricciones políticas y de la propaganda anti-otomana, durante el siglo XVI la Sublime Puerta fue un tema central de la literatura humanista. Prueba inapelable de este interés fue la bibliografía dedicada al Imperio Otomano, que llegó a doblar el volumen de las obras sobre las tierras descubiertas más allá del gran océano.¹⁰³ De este modo, en la Europa contemporánea, el mundo turco-berberisco se interpretó bajo una tensión dicotómica. De un lado, el Levante y Berbería se concebían como un espacio, donde la población vivía según reglas y códigos, que se tachaban de pecaminosos e incluso innaturales.¹⁰⁴ Mas, por otra parte, el esplendor de la

¹⁰⁰ AGS, *Estado, Nápoles*, Legajo 1004, f. 48. *Copia de las cartas del Arzobispo de Ragusa sobre las cosas del Turco y del Sophi*, 1514.

¹⁰¹ AGS, *Estado, Nápoles*, Legajo 1004, f. 46. Conde de Muro al Almirante de Nápoles, 1514.

¹⁰² P. García Martín, E. Sola Castaño y G. Vázquez Chamorro, *Renegados, viajeros y tránsfugas. Comportamientos heterodoxos y de frontera en el siglo XVI*, prólogo de M. Á. Bunes Ibarra, epílogo de A. Tenenti, Madrid, Fugaz, 2000.

¹⁰³ M. Soykut, *Images of the "Turk" in Italy. A History of the "Other" in Early Modern Europe: 1453-1683*, Berlín, Klaus Schwarz Verlag, 2001, pp. 3-14.

¹⁰⁴ En la Edad Media J. Tolan, *Saracens: Islam in the Medieval European Imagination*, New York, Columbia University Press, 2002.

Sublime Puerta resultó un enorme atractivo dentro de una sociedad, en la cual la difusión de la imprenta estaba rompiendo con las formas tradicionales de la comunicación y la transmisión del conocimiento.¹⁰⁵

Ante la urgencia de noticias fiables y la dificultad de moverse en los territorios del sultán, los espías de Su Majestad, con sus perfiles poco convencionales, se convirtieron en una vanguardia para obtener información reservada que, al mismo tiempo, resultaría vital para la dinastía. Entonces, debido a la extensión de la Monarquía Hispánica, las imágenes elaboradas por sus confidentes en torno al Imperio Otomano circularon a lo largo y ancho de todo el globo, así que la inteligencia de la Corona, compuesta por “expertos” de una realidad ininteligible, llegó a trazar un marco semántico, dentro del cual la Europa renacentista pudo desarrollar una nueva lectura del Islam.¹⁰⁶ Efectivamente, en un momento de confrontación bélica e intransigencia confesional, los avisos de los corresponsales y las síntesis de los secretarios constituyeron la fuente básica en torno al universo musulmán, además de ser el modelo en el cual se inspiraron las gacetas de la centuria sucesiva.¹⁰⁷

¹⁰⁵ Véase el clásico: E. Eisenstein, *La revolución de la imprenta en la edad moderna europea*, Madrid, Akal, 1994.

¹⁰⁶ C. J. Fillmore, *Frame semantics*, en *Linguistics in the Morning Calm*, The Linguistics Society of Korea (ed.), Seoul, Hanshin Publishing Company, 1982, pp. 111-137.

¹⁰⁷ Véase G. Andrés (ed.), *Proto-giornalismo e letteratura. Avvisi a stampa, relazioni de sucesos*, Milán, Franco Angeli, 2013.